

Discurso de clausura

Dr. Josep Argemí

Sr. Presidente y miembros del Patronato Universitario y de la Fundación Familiar Catalana; Ilustres doctorandos; autoridades académicas; personal de administración y servicios; estimados alumnos; señoras y señores:

El acto que me corresponde ahora concluir es, sin duda, como habrán podido comprobar, una de las ceremonias más solemnes y con un ritual más rico que una universidad puede celebrar. La comunidad académica recibe en su seno a personas que entran a formar parte de su cuerpo de doctores, no en razón de su aportación al conocimiento en el ámbito de una materia concreta –ambos ya eran doctores-, sino como reconocimiento de toda una trayectoria, cuyos méritos la hacen merecedora de tal distinción. En esta ocasión, hemos recibido a dos personalidades bien distintas con unos perfiles que ejemplifican magníficamente dos maneras de ser genuinamente universitarios.

El Doctor Peter Franz Riederer, con un perfil netamente académico, es un científico de relieve internacional, cuyas aportaciones al conocimiento científico de campos tan importantes como la Biología y la Medicina no sólo le hacen totalmente merecedor de este nuevo título sino que su nombramiento otorga a la universidad que lo recibe honor y prestigio académicos, en un campo en el que se siente muy comprometida. El Doctor Rafael Pich-Aguilera, por su parte, ha puesto discreta pero eficazmente, sus talentos de hombre de empresa y padre de familia, al servicio de innumerables instituciones educativas, que son hoy una realidad espléndida en los más variados lugares. Ha dedicado, además, gran parte de su vida a investigar y difundir en las buenas prácticas familiares, con una metodología propia, empírica, la denominada Orientación familiar, para profesionalizar efectivamente la noble y trascendental labor de los padres en la tarea más importante que les atañe: la educación de sus hijos; y extender esa metodología y esos avances por todo el mundo. Pero no me voy a alargar en algo que ya ha sido ampliamente expuesto en los discursos que hemos oído. Déjenme decir, sin embargo, que la Universitat Internacional de Catalunya (UIC) tenía también una deuda de gratitud con el Doctor Pich-Aguilera, por cuanto su nombre figura en un lugar destacado de su historia. El Dr. Pich-Aguilera ha sido decisivo en su prehistoria y en su fundación.

En nombre de toda la Universitat Internacional de Catalunya, muchas gracias a los dos nuevos doctores, por haber aceptado nuestra propuesta.

Estos nombramientos se dan en un contexto muy significativo para nuestra institución: cuando celebramos el décimo aniversario de su Decreto de Creación por parte del Parlament de Catalunya. Diez años son muy pocos para una institución que tiene una vocación centenaria. Son, no obstante, decisivos y marcan –como los primeros balbuceos de una nueva criatura- lo que puede llegar a ser en el futuro su aportación a la sociedad a la que sirve.

Lo que empezó siendo casi una quimera, una temeridad –¡poca tradición de universidades privadas tenía Catalunya!- esta siendo ya una frondosa realidad, tanto si se miran los medios con que cuenta la Universidad, como sus resultados. Tenemos ya 4.000 alumnos –con una tasa de crecimiento anual en los últimos años del 9 %-, repartidos entre 17 titulaciones de grado y más de medio centenar de cursos de postgrado. Nuestros campus se han visto enriquecidos con nuevas prestaciones, como el Plató de TV con el más alto nivel tecnológico, el Laboratorio de Simulación, los nuevos Gimnasios de Fisioterapia y la Biblioteca próxima a su inauguración. La nueva titulación de Medicina, Dios mediante, supondrá una notable ampliación del actual campus de Ciencias de la Salud y un salto cualitativo importante de toda nuestra Universidad.

Estos desarrollos son importantes y nos llenan de satisfacción, pero no son lo más significativo; me es grato poder afirmar que tanto nuestros profesores y estudiantes, como los graduados y hasta sus empleadores, dan testimonio de la eficacia y realidad de algunos de los principios con los que se fundó esta Universidad, que se recogen en su ideario y que se sintetizan en la frase del sello institucional «veritas liberabit vos», «la verdad os hará libres», del Evangelio de San Juan. Búsqueda de la Verdad y dignidad de la persona humana: dos puntos esenciales del humanismo cristiano. En el mundo cada vez más secularizado estas palabras pueden sonar a provocación. Y lo son; no tanto por que sea políticamente incorrecto hablar de verdad, y de dignidad de la persona, sino por el atropello sistemático al que a menudo son sometidos tales conceptos a nivel político, legislativo o mediático. Es hoy más necesario que nunca formar hombres y mujeres que sepan defender con su razón y con su ejemplo y con sus actuaciones profesionales y ciudadanas, la dignidad de toda persona humana en tres ámbitos a mi entender esenciales hoy: la defensa de la vida de todo ser humano desde la concepción hasta su fin natural; la defensa de la libertad y responsabilidad personales, como base sólida de toda convivencia en paz; y, por último, la defensa de la razón como potencia genuina y exclusivamente humana, que no ha de ser limitada sino que ha de poder abrirse a la trascendencia.

Estamos a las puertas del ingreso en lo que se denomina Espacio Europeo de Educación Superior o también «proceso Bolonia». Es un cambio que promete ser revolucionario, tanto en los conceptos como en las metodologías. De hecho, la Universitat Internacional de Catalunya ya lo ha iniciado con dos programas piloto en Magisterio y Enfermería y, dentro de unos meses, lo hará con los nuevos estudios de Medicina. No tenemos ninguna duda de que se trata de un cambio necesario, si queremos competir con la universidad americana en un mundo globalizado.

Sin embargo, no se nos esconden algunos peligros que convendría ya conjurar desde ahora. Me refiero al excesivo énfasis en los aspectos profesionalizantes de la formación universitaria en detrimento de lo más genuino de la educación superior: el desarrollo de la capacidad de pensar, los contenidos y los conceptos. No debemos dejarnos arrastrar por la sola obsesión de poner en el mercado laboral profesionales útiles, aquellos que necesita la empresa, y descuidar, en cambio, la capacidad crítica y de análisis de la realidad, y la búsqueda de la verdad y del sentido, porque en ese caso traicionaríamos el auténtico espíritu universitario para convertirnos en una pieza más de una sociedad utilitarista, pragmática, materialista en la práctica, que amenaza los valores de la civilización occidental. Algo parecido podríamos decir de la investigación, que ha de estar siempre presente entre las actividades de nuestros profesores. No sólo debemos potenciar la investigación que por su rendimiento más o menos inmediato atrae fácilmente fuentes de financiación, sino también aquella que va dirigida a contribuir a la resolución de los grandes problemas que tiene planteados nuestra sociedad en ámbitos bien concretos: la familia, el envejecimiento, el medio ambiente o la bioética entre otros. En todos ellos tiene nuestra universidad focos de atención a los que debe destinar crecientes recursos.

Así pues, a todos os animo, profesores, estudiantes y demás personas que formamos la comunidad universitaria, a velar para que la Universitat Internacional de Catalunya esté al servicio de los verdaderos valores sociales, a través de nuestro trabajo bien hecho de cada día, cada uno a nuestro nivel, siguiendo las enseñanzas de San Josemaría Escrivá en las que se inspiró el pequeño grupo de los que fundaron esta institución, entre los que estaba el nuevo Doctor por esta Universidad, Rafael Pich-Aguilera.

No quiero acabar sin agradecerles que nos hayan acompañado en este emotivo acto académico y reiterar mi felicitación a los nuevos doctores Honoris Causa.